

LA CRISIS DEL 98 Y LA SATIRA EN LA PRENSA SEVILLANA

por

M.^a ROSARIO SEVILLA SOLER

I. INTRODUCCIÓN

Pocos hechos de la historia española han calado tan profundamente en la conciencia popular, como la pérdida de las últimas colonias. Si en la actualidad se hiciera una encuesta por las calles de cualquiera de las ciudades del país sobre la fecha en que España perdió su imperio colonial, probablemente la mayor parte de los encuestados respondería que en 1898. Algunos quizás señalarían que un poco antes, pero sin precisar fechas. Pocos sabrían algo de la batalla de Ayacucho, pero casi todos habrían oído hablar de la guerra de Cuba. Y es que la guerra de Cuba, y por supuesto la de Filipinas, fue un fenómeno que penetró profundamente en la conciencia popular, como lo demuestra el hecho de que el pueblo las ha recogido con profusión en su folklore. Son muchas las canciones populares de la época que hacen referencia al tema, y que han llegado hasta nosotros.

A pesar de que la pérdida de las islas tuvo mucha menos importancia política y económica que la anterior de las colonias continentales, el pueblo vivió aquella más directamente. En las guerras de independencia continentales se habían enfrentado, fundamentalmente, criollos y un ejército profesional. Pero en el caso de Cuba y Filipinas, las reclutas forzosas hicieron llegar la guerra a toda la población peninsular. Pocas eran las familias, especial-

mente de los sectores sociales menos favorecidos, que no tenían un pariente en Ultramar. Durante años, los soldados que regresaban a la Península lo hacían en un estado lamentable, enfermos, y muchos ya desahuciados. El que tenía dinero, pagaba una determinada cantidad para que otro fuera en su lugar. Pero el que no tenía medios económicos no podía escapar a las reclutas de ningún modo. De esta manera, el pueblo vivió la guerra en sus propias carnes como no lo había hecho desde los tiempos de la lucha contra Napoleón. Y por esta causa, por la constante sangría que el mantenimiento de las últimas colonias representó para la juventud española, el fenómeno caló hondamente en el sentir popular, como pocas veces lo hace un suceso histórico.

El interés por analizar esos sentimientos populares respecto a aquellos sucesos me llevó, hace algún tiempo, a iniciar un estudio sobre La Crisis del 98 en la Conciencia Andaluza, para cuyo logro tuve que revisar, como fuente primordial, la prensa periódica. Aunque, por supuesto, esa prensa no puede ser la única fuente para un trabajo de este tipo —hay que repasar detalladamente otras publicaciones: novela, poesía, ensayo, etc.—, lo cierto es que resulta esencial. A través de ella pueden observarse, quizás mejor que en ninguna otra parte, las distintas reacciones e impresiones que en cada sector ideológico de la sociedad andaluza produjeron la guerra con los Estados Unidos a causa de las colonias y la posterior Paz de París.

Y, una vez analizada esa prensa, llegué a la conclusión de que, independientemente de la ideología de cada una de las publicaciones examinadas, en la mayor parte de ellas —El Porvenir, El Noticiero Sevillano y el Progreso—, hay un divorcio claro entre las ideas que exponen sobre el problema y la actitud popular al respecto. Sólo uno de estos periódicos, El Baluarte, parece, a mi juicio, estar acorde con los sentimientos populares.

Se definía El Baluarte como un diario republicano, y sus páginas reflejan en realidad pocas noticias sobre la guerra hispanonorteamericana o sobre las conversaciones de paz. Se trataba de un diario modesto, sin medios económicos para pagar los corresponsales y el servicio telegráfico necesario para la rápida publicación de las noticias. Y para paliar esta falta multiplica los editoriales,

siempre atacando la actuación del gobierno respecto al problema colonial, aunque en sus páginas se expresen opiniones tan distintas como la de Pi y Margall, consciente de la necesidad de llegar a una paz inmediata ante una lucha perdida de antemano, o la de los editorialistas del mismo periódico, mucho más triunfalistas sobre el resultado del enfrentamiento.

No es sin embargo en este tipo de artículos donde aparece esa identidad de sentimientos con el pueblo de que he hablado. Este diario interesa sobre todo, por ofrecer una forma de expresar opiniones diferente a la del resto de las publicaciones de aquella época, la sátira, que es en la que nos vamos a centrar en esta ocasión.

Con el nombre de «Murmuraciones», este periódico publicaba diariamente una sección, firmada con el seudónimo de Carrasquilla, en la que humorísticamente se reflejaban todos los aspectos de la vida nacional. Y es precisamente en esa sección, donde he observado el mayor acercamiento entre las ideas de la prensa y el sentir popular. A menudo aparecen en ella poemas satíricos sobre los asuntos coloniales y los resultados de la guerra, que podrían considerarse, a mi juicio, verdaderos editoriales sobre la situación del país y la actuación de sus gobernantes.

Hablaba Carrasquilla en esta sección de los matices más diversos del problema, desde el papel jugado por la iglesia en los conflictos coloniales a la actuación de los políticos, siempre ironizando, pero, al mismo tiempo, reflejando ese pesimismo que algo más tarde caracterizaría otras manifestaciones culturales, tan expresivamente representadas por la llamada Generación del 98 en el campo de la literatura.

La guerra de la Independencia cubana había comenzado en realidad en 1868 con el famoso grito de Yares y, después de una tregua conseguida por el pacto de Zanjón en 1878, no hizo sino reanudarse en 1895. La actividad independentista, no obstante, no había cesado en la isla en esos años, a pesar del silencio que los sucesivos gobiernos españoles mantenían sobre ella. Y los intentos de anexión de la isla a los Estados Unidos preconizados por la élite azucarera, que al ser abolida la esclavitud no veía ya ventajas en su unión con España, fueron un factor decisivo para su recrudecimiento. Los independentistas, con José Martí a la cabeza, se dieron

cuenta de que tenían que iniciar el levantamiento si querían evitar esa anexión. El 24 de febrero de 1895 comenzó la nueva insurrección con el grito de Baire, que alcanzó mayor amplitud que cualquiera de los movimientos anteriores.¹

Se inició así una guerra que costó bastantes vidas españolas, mientras el gobierno de Madrid hacía creer a la población que la rebelión se sofocaría rápidamente. Pero la superioridad numérica del ejército peninsular no pudo con los insurrectos, al tiempo que las paralelas revueltas en Filipinas venían a complicar el panorama. Cuando a finales de 1897 llegó de nuevo al gobierno, tras el asesinato de Cánovas, don Práxedes Mateo Sagasta, inició, ya demasiado tarde, una política de reformas que tampoco tendría el resultado apetecido.

Entre tanto los Estados Unidos, que desde mucho antes se habían propuesto la anexión de las Antillas españolas, sabían que tenían que aprovechar la oportunidad para evitar la independencia cubana, y amenazaban una y otra vez con intervenir en el conflicto si la situación no volvía a la normalidad. Y utilizando como pretexto la conmoción producida en Norteamérica por la explosión del crucero Maine, anclado en el puerto de La Habana y, especialmente, el socorrido tema de las razones humanitarias respecto a la población cubana, llegaron al enfrentamiento directo con España.

II. CARRASQUILLA Y LOS POLÍTICOS

De todos esos sucesos, la población española tuvo una visión totalmente parcial. Sólo se informaba en España de las victorias sobre los rebeldes y de la inminente finalización del conflicto armado, describiéndose además a los Estados Unidos en los momentos en que éstos amenazaban con su intervención, como un pueblo bárbaro, incivilizado, e incapaz de vencer a los españoles en el caso de que llegaran a atreverse a entrar en la guerra.

Y esta falta de información sobre el problema, fue uno de los primeros puntos en que atacó la labor del gobierno en su política

1 Forner, Philip S.: *La Guerra Hispano-Cubana-Norteamericana, 1895-98*. Akal Editor, Madrid, 1975, vol. 1, págs. 33 a 44.

colonial, ese columnista satírico que fue Carrasquilla. Nada más declararse la guerra entre los Estados Unidos y España, el periodista comentaba irónicamente no sólo esa falta de información, sino también las falsedades que se estaban contando a los españoles. Señalaba el comentarista en su sección que, evidentemente, «decirle a nuestro pueblo que va a batirse con un pueblo poderoso y rico, con grandes medios de defensa, con grandes sumas de dinero, sería un crimen». En vista de ello, lo lógico era no explicarles claramente la situación de inferioridad militar española respecto a los Estados Unidos, y repetir hasta la saciedad que el valor, el heroísmo y, por tanto, la posibilidad de victoria era para los españoles, mientras que los norteamericanos, que sólo contaban con un ejército de mercenarios sin ideales, nunca podrían vencer.²

Y, por supuesto, no era este aspecto el único que Carrasquilla atacaba del gobierno. Son frecuentes en su sección las alusiones a la falta de preparación para la guerra, y especialmente a los pocos medios con que contaba la marina española, y a los escasos que se le estaban proporcionando, cuando, como se pudo observar muy pronto, esa marina era fundamental para el desenlace del conflicto:

«A la orilla de un arroyo
me puse a considerar,
aquí cabe nuestra escuadra,
y hasta puede navegar».³

Una vez perdida la escuadra de Cervera a la salida de la bahía de Santiago, hecho fundamental en el desarrollo de la lucha, los únicos navíos que quedaban a España eran los de la escuadra de Cámara, que se había enviado a las Filipinas, pero que se vió detenida en Port Said ante la imposibilidad de proveerse de carbón. El mismo ministro de marina había acudido a Cádiz a despedir a la flota, a la que pronto se ordenó regresar por esa dificultad para llegar a las Filipinas y, al mismo tiempo, por la existencia de rumores insistentes de que una de las escuadras norteamericanas, la

2 «El Baluarte», 4 de mayo de 1898. «Murmuraciones». Hemeroteca Municipal de Sevilla.

3 *Ibidem*, jueves 14 de julio de 1898.

del almirante Sampson, iba a ser enviada a España. Y, ante esas órdenes contradictorias, así como ante la indefensión real de esos barcos españoles de los que tan pomposamente se hablaba, también deja clara su opinión nuestro periodista, con esas notas de amarga ironía que caracteriza sus escritos durante todos estos meses:

«Con que ya sabrán ustedes,
que se viene para España,
después de dar un paseo
toda la escuadra de Cámara.
Para eso vino el ministro
de marina a revisarla,
y a darles secretas órdenes
que los pusieron en ascuas.

Ya decíamos nosotros:
— ¡algo gravísimo tratan
cuando el ministro abandona
su poltrona regalada!
¡En ese secreto estriba
quizá la salud de España!

El juego está conocido.
El ministerio Sagasta
habrá dicho en el Consejo:
la cuestión era probarla.

Ya sabemos que el Pelayo,
anda poco. ¡Pero anda!
Que el Carlos quinto le sigue,
renqueando y no hace agua.

Y que todos los navíos,
de tres piés de nuestra escuadra.
sirven para pasearse
con la bandera en el asta,
que bordaron las señoras
derramando oro y lágrimas.

Vuelvan a los astilleros
y a reparar esas máquinas,
que se pinte la obra Mura
y que se pinten las cámaras.
¡El honor está salvado!
¡Andan nuestros barcos, andan!

Es verdad que si se fueran
y Sampson los atrapara,
nos quedábamos en cueros
y en situación muy extraña:
¿Qué iba a hacer nuestra marina
sin ningún barco en el agua?

Los pobres bastante tienen
con ir a romperse el alma,
sobre cascos de manteca
y sin pólvora ni balas.

Más les vale estar en tierra,
que se anuncie la batalla,
y que el gobierno decida
cuantos son los que se matan.
¡Así se ajorra dinero,
y la honradez queda salva! ». ⁴

Pero no solamente se critica en la sección «Murmuraciones» de El Baluarte a los políticos del partido gobernante. La clase política, en general, es uno de los objetos preferidos de la sátira de Carrasquilla. Pensaba el periodista que tanto el partido conservador como el liberal se preocupaban sólo por cuestiones electorales, sin que pareciera afectarles demasiado la profunda crisis que atravesaba el país, y que los problemas coloniales habían puesto en evidencia. Cada uno exponía sus soluciones al conflicto con fines puramente electoralistas, cuando tanto unos como otros habían tenido la posibilidad de llevar sus ideas a la práctica, y en lugar de resolver el asunto lo habían ido complicando cada vez más:

⁴ *Ibíd.*, sábado, 9 de julio de 1898.

«Prosiguen las conferencias,
prosiguen los cabildeos,
y el despacho de Sagasta
se ha convertido en Congreso.

Cada cual a su manera,
sus ideas exponiendo,
en defensa de la Patria,
exprimen su torpe ingenio.
Y seguimos como estábamos
y quedándonos en cueros». ⁵

La política dura aplicada en el pasado por el partido conservador se había mostrado inútil para derrotar a la guerrilla cubana. Tampoco la autonomía llevada a la práctica en los últimos tiempos por el partido liberal había tenido mejores resultados. Al mismo tiempo, la falta de una política coherente, el constante cambio de programa y, en definitiva, la ausencia de un plan de futuro que pudiera llevar a cabo cualquiera de los partidos que se turnaban en el poder, facilitaban la insurrección. ⁶

Con las Cortes cerradas a causa de la guerra con los Estados Unidos, los partidos se hacían mutuas acusaciones. Como decía Carrasquilla en el texto anterior, todos se creían en poder de la solución ideal, mientras la situación se deterioraba y los Estados Unidos venían a dar la puntilla al ejército español en Ultramar.

Una vez derrotada España ante los Estados Unidos y establecido el cese de las hostilidades, el jefe del gobierno, Sagasta, decidió abrir las Cortes para que en ellas se discutieran los términos en que habría de firmarse el tratado de paz. Se daba así la oportunidad a los diputados y senadores de discutir en profundidad el problema colonial, sus causas y posibles soluciones, en lugar de limitarse, como habían hecho hasta entonces, a acusarse unos a otros de ser culpables de aquella situación desde las páginas de los periódicos.

Sin embargo, no pensaba nuestro periodista que en el Congreso y en el Senado se fuera a hablar claro sobre la pérdida de la gue-

⁵ *Ibidem*, martes, 9 de agosto de 1898.

⁶ Forner, Philip S.: *op. cit.*, tomo I, pág. 187.

rra y las causas que llevaron a ella. Como a menudo señalaba El Baluarte en sus editoriales, ambos partidos habían permanecido ciegos durante muchos años ante el problema colonial y la responsabilidad de todo lo sucedido era de ambos, por lo que Carrasquilla opinaba, que en esas Cortes el asunto se reduciría a una serie de discursos grandilocuentes sobre el honor y la patria, sin trascendencia política alguna:

«Hoy las Cortes españolas
habrán abierto sus puertas,
y los señores ministros
habrán entrado por ellas.

Hoy de nuevo habrá empezado
la trama de componendas,
el yo dije y tu dijiste
y a esperar la primavera.

Habrán elocuentes discursos
sobre el socorrido tema,
de la patria, de los héroes,
al estilo de Silvela.

¡Todos cumplieron, la honra,
limpia como una patena.
Los generales valientes,
más valientes que las fieras!
¡Y la nación sin colonias,
y sin escuadra Cervera!

Los señores diputados
darán vivas a la Reina,
y al presupuesto de gastos
y a los cupones de rentas.
Y al acabar los discursos,
no habrá una voz que con fuerza
grite dentro del recinto:
Señores: ¿Y la vergüenza?». ⁷

7 «El Baluarte», lunes, 5 de septiembre de 1898.

Dos días después, Carrasquilla dejaba constancia en su sección de que, efectivamente, en las Cortes no había ocurrido nada fuera de lo normal. Nadie había pedido responsabilidades por lo ocurrido, porque todos, salvo el partido republicano, que pidió la discusión pública del asunto, tenían a su juicio una gran parte de culpa en aquella situación de derrota y de desprestigio internacional:

«Pues nada. De las Cortes no ha salido,
una queja, una frase ni un gemido,
señal consoladora,
de que este pueblo su desgracia llora.

Cada cual a su modo,
si mucho sabe se lo calla todo.
Y todos, con grandísima elocuencia,
porque no se les tache en rebeldía,
cobrando seguirán la cesantía.

Y estos son los señores diputados,
dignos y celebrados,
que nos harán felices,
cuando a mí se me caigan las narices».⁸

Sin embargo, nuestro periodista se equivocaba. Si bien en el Congreso parecía que casi todo el mundo se había puesto de acuerdo para no lavar los trapos sucios de cara al público, hubo una voz en el Senado que se levantó para acusar de ineficaz al gobierno y al ejército. El conde de las Almenas se atrevió a hablar en la alta cámara de su admiración por el ejército español, pero no por sus generales, sino por sus soldados, y se desató la tormenta que parecía contenida. Primo de Rivera le respondió que había ultrajado el honor del ejército, y se inició una agria disputa en la que intervinieron otros senadores, y que terminó con la suspensión de la sesión primero, y, unos días más tarde, con el cierre precipitado de las Cortes.

Y, como es lógico, ante esta reacción del conde de las Alme-

⁸ *Ibidem*, miércoles, 7 de septiembre de 1898.

nas, Carrasquilla se felicitaba en su sección, al tiempo que extiende sus ataques a los generales del ejército, a los que considera, ante todo, políticos que se preocupan sólo de su buen nombre mientras sus soldados mueren:

« ¡Buena la ha armado, señores
el conde de las Almenas!
¡Que de verdades ha dicho
a toda la gente esa,
que lleva cruces al pecho,
y las cobran en pesetas!

En cuanto habló de valientes,
de virtud y de pureza,
se despertó de su sueño
el gran Primo de Rivera,
que es caballero sin tacha,
aunque tenga alguna techa...».⁹

Como se observa en este breve texto, no fueron precisamente los jefes del ejército español objeto de la simpatía de Carrasquilla; y en especial Primo de Rivera, el que luego sería dictador, no era uno de sus personajes favoritos, dedicándole una silva en El Baluarte de 15 de septiembre, que debió ser bastante dura a juzgar por la acción de la censura. Ese día, el espacio «Murmuraciones» del periódico apareció totalmente en blanco, y en el diario del 16 de ese mismo mes, el periodista explicaba este hecho por la actuación de la censura, que consideraba por otra parte exagerada, ya que en la silva dedicada a aquel general escribía, a su juicio, «sin faltar» al personaje y expresando sólo la realidad.¹⁰

Puede que fuera cierto, pero la realidad es que cuando Carrasquilla dirigía sus ataques contra alguien, no parece verse frenado precisamente por el respeto. Así, cuando inmediatamente después de la derrota ante los Estados Unidos, empezaron a correr rumores de que Segismundo Moret, el que había sido ministro de

⁹ *Ibíd.*, viernes, 9 de septiembre de 1898.

¹⁰ *Ibíd.*, viernes, 16 de septiembre de 1898.

Ultramar hasta el desastre de Cavite y autor de la autonomía antillana, llevaría las conversaciones de paz con los norteamericanos, el columnista se llevaba las manos a la cabeza comentando irónicamente su capacidad para tal empresa:

«¿A que no saben ustedes
el encargado quién es
de hacer la paz con los yanquis?...
¡Don Segismundo Moret!

Excuso decir palabra
de lo que va a suceder.
¡Ese nos vende las islas
en menos de un santiamén! ». ¹¹

No fué sin embargo Moret el encargado de las negociaciones. Para ello se crearon dos comisiones, una de los Estados Unidos y otra de España, que se reunirían en París. Y esta última, dirigida por Eugenio Montero Ríos, tampoco se vió libre de las burlas de nuestro periodista. El 27 de septiembre llegaba a París esa comisión española, que se reunió por primera vez con la norteamericana en una comida dos días más tarde. ¹² Comenzadas las conversaciones rápidamente, se fueron eternizando sin embargo. Casi dos meses más tarde no se había llegado aún a ningún acuerdo, y al periodista le parecía absurdo el coste que económicamente representaba esta prolongación, especialmente porque consideraba que los negociadores españoles no eran lo suficientemente hábiles, ni tenían la fuerza moral necesaria, para desviar a los yanquis de su propósito de anexionarse las colonias españolas:

«Ayer me dijiste que hoy,
hoy me dices que mañana.
La firmarán cuando quieran
los yanquis que sea firmada,

¹¹ *Ibíd.*, viernes, 29 de julio de 1898.

¹² «El Porvenir», 27 y 29 de septiembre de 1898. Hemeroteca Municipal de Sevilla.

esa expoliación que tiene
hombres y circunstancias,
para que la firme sólo
José María el de Marras». ¹³

El periodista debía ser en realidad consciente de que no había nada que hacer al respecto. Los Estados Unidos tenían la fuerza; unos objetivos muy concretos claramente marcados antes de iniciarse el enfrentamiento y, por supuesto, las protestas de los representantes españoles, por fuertes que fueran, no iban a hacerles cambiar de opinión. Pero él era republicano, y no podía dejar de aprovechar una situación semejante para zaherir a los políticos del sistema, incapaz para hacer valer en París las posturas que convenían a España, y denuncia las negociaciones como una simple representación sin sentido:

«Sigue cobrando sus dietas
la comisión de París,
y haciendo que se discute
todos los que están allí.

Dicen que en esta semana
la comisión tendrá fin,
porque ya no quedan islas
ni paciencia para oír.

Lo que los yanquis exigen
porque quieren. ¡Porque sí!
¡Porque ellos son los más fuertes
¡y los que pueden pedir! ». ¹⁴

Pero, tal y como se observa ya en el texto anterior, el hecho de considerar ineptos y moralmente desautorizados a los miembros de la comisión española en París, no fue óbice para que Carrasquilla atacara también a los representantes norteamericanos, a los que considera abiertamente como ladrones que, abusando de su fuerza

¹³ «El Baluarte», martes, 22 de noviembre de 1898.

¹⁴ Ibídem, jueves, 24 de noviembre de 1898.

militar, iban a consumir una auténtica rapiña al apoderarse, aunque fuera legalmente, de las Antillas y Filipinas. Los comisionados estadounidenses no fueron a París a negociar, sino a imponer sus condiciones. Eran conscientes de que España no podía continuar la guerra, y el supuesto diálogo no fue sino un chantaje: o aceptan nuestras condiciones o reanudamos la lucha:

«La Comisión de París
se dice que habrá firmado,
después de verse en un tris
el consabido tratado.

Se ha hablado largo y tendido,
se han sufrido sofocones,
¡han hecho lo que han querido
esos señores ladrones!

Bien se puede tolerar
lo sucedido a mi ver
sí no vuelven a robar,
¡aunque eso no puede ser! ».¹⁵

Para todo el que haya estudiado el problema antillano, es evidente la intención de los Estados Unidos de apoderarse de las Antillas españolas no ya en esta época, sino mucho antes, desde que comenzaron las guerras de independencia en el Continente.¹⁶ Y ya desde el comienzo de sus tensiones con España a causa esencialmente de Cuba, pusieron también en su punto de mira a las Filipinas, base fundamental para su penetración en el Pacífico.

Esta actitud fue observada y destacada ampliamente por una gran parte de la prensa española de la época, y un sector de ésta llegó a decir en sus páginas mientras se estaban celebrando las conversaciones de París, que quizás lo mejor para el país era desprenderse de las colonias, vendiendo incluso las Filipinas al mejor postor. Se terminaría así con la sangría de hombres y dinero que re-

¹⁵ *Ibíd.*, martes, 29 de noviembre de 1898.

¹⁶ Véase al respecto Sevilla Soler, Rosario: *Las Antillas y la Independencia de la América Española*. E.E.H.A. Sevilla, 1986.

presentaba el mantenimiento de las colonias, sobre todo cuando había fuertes potencias interesadas en ellas.¹⁷ A juicio de esos sectores, era probable que cuando España perdiera sus posesiones ultramarinas, volviera a ocuparse de sus problemas internos y resurgiera de sus cenizas.

Y esta postura, que fue considerada como derrotista por otros, fue la gota que colmó el vaso en el duro enfrentamiento que venían manteniendo los políticos del sistema y una parte de la prensa. El presidente de la comisión española en París, Montero Ríos, llegó a culpar en parte a la prensa de la pérdida de las colonias a manos de los Estados Unidos, porque con sus artículos abandonistas, desautorizaba los intentos de los negociadores por mantener las islas en poder de España. ¿Cómo podían éstos defender en París lo que el pueblo español, según ese sector de la prensa, quería abandonar de una vez por todas? La respuesta de Carrasquilla a estas declaraciones de Montero Ríos no se hizo esperar:

«Ha dicho Montero Ríos
de que la pícara prensa
es la que tiene la culpa
de que las islas se pierdan.

Y como yo formo parte,
sin duda la más modesta,
de la prensa que batalla
sin interés por la idea,
le digo a Montero Ríos
que miente bien a sabiendas.

La culpa de que las islas
Filipinas se sometan
a los yanquis dando gracias
de que España ya las deja,
es de los muchos ladrones
que se mudaron a ellas.

17 Véase al respecto la prensa andaluza de esos días.

Usted los busca y rebusca
entre las clases que quiera,
que entre todas ha de hallarlos,
menos quizás en la prensa.

¡Hase visto el canovista
por el sitio que se apea!

Valiera más que explicara
en qué negocios o empresas
hizo la inmensa fortuna
que contiene su gaveta.

Y por qué van sus clientes
a buscarlo y lo apalean
como rufián que se esconde
en esa Sierra Morena
en que bulle la política
y la honradez se condena». ¹⁸

En días sucesivos, sigue el periodista atacando a Montero Ríos:

«Montero Ríos se viene,
Montero Ríos se va,
¡Y las islas ya se fueron,
y no las veremos más! ». ¹⁹

Pero lo hace ya a un nivel más personal, mientras que en el texto anterior, aunque se cite a Montero Ríos, lo que se hace en realidad es una reflexión general sobre los políticos españoles de la época. Deja constancia en él de una de las causas que los republicanos consideraban fundamentales a la hora de explicar las insurrecciones de Cuba y las Filipinas: la corrupción, a la que los políticos de los partidos que se turnaban en el poder no sólo no habían puesto freno, sino que se habían aprovechado de ella, enriqueciéndose a costa de las colonias y de la propia España.

18 «El Baluarte, miércoles, 7 de diciembre de 1898.

19 *Ibidem*, sábado, 10 de diciembre de 1898.

III. CARRASQUILLA Y LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DEL 98

No sólo la clase política y militar, principales causantes según el periodista que tratamos en esta ocasión del desastre nacional, van a tener que sufrir las ironías de Carrasquilla. Si bien considera que estos dos grupos eran los únicos que podían haber enderezado la situación, pensaba que en realidad, la mayor parte de la sociedad española, anclada en el pasado, era también culpable de lo ocurrido. El desastre colonial no era, en el fondo, sino una manifestación, por supuesto la más espectacular, de la profunda crisis que atravesaba España.

Dentro de esta sociedad española, jugaba todavía un papel muy importante la Iglesia. Y su actuación fue muy criticada por el periodista del Baluarte, acusándola de ser una de las causas principales de las revueltas tagalas, por el lamentable papel que había representado durante siglos en las Filipinas. A juicio de la prensa republicana, el clero se había ocupado exclusivamente en aquella colonia, de enriquecerse a costa de la explotación del indígena:

«Los tagalos manifiestan
porque no lo ignore nadie,
que ellos, si odian a España,
es a causa de los frailes.

Lo mismo que los tagalos
harán los peninsulares,
entre los cuales, señores,
tengo el honor de contarme.

Y si ésto no se remedia
por quien debe remediarse,
no extrañéis que el mejor día
gritemos — ¡Vivan los yanquis! —». ²⁰

Evidentemente, el rol desempeñado por la iglesia española en Filipinas no puede considerarse precisamente como glorioso. Pero

20 *Ibidem*, martes, 23 de agosto de 1898.

de todas formas, y al margen de ello, el anticlericalismo de los republicanos españoles del siglo XIX aflora a cada momento en los poemas de Carrasquilla. Esos republicanos consideraban a la Iglesia como uno de los pilares que sostenían al sistema y, como es lógico, no pierden ocasión para intentar acabar con su poder utilizando cualquier pretexto, acusándola, entre otras cosas, de vivir en la opulencia mientras el pueblo español pasaba hambre:

«Los soldaditos de Cuba
hace un año que no cobran,
en cambio los arzobispos
alhajas y oro les sobran». ²¹

Reprochaba Carrasquilla al clero el no contribuir con sus numerosos bienes a financiar los gastos de la guerra. Su labor patriótica se limitaba a simples palabras grandilocuentes sobre el honor de los españoles y el apoyo de Dios a la causa de la justicia, que por supuesto era la española, pero sin proporcionar ninguna ayuda efectiva, como se deduce del poema que figura a continuación, en el que se hace referencia a la indulgencia plenaria que el Papa concedió por esas fechas a los españoles:

« ¡Todo está ya compensado!
Las islas que hemos perdido,
todo el dinero gastado,
el hambre que hemos tenido,
y el país arruinado.

Ya se acabó la cruel guerra
que asolaba nuestro suelo
y que tanto nos aterra.
*¡Lo que hemos perdido en la tierra,
lo hemos ganado en el cielo!* ». ²²

²¹ *Ibíd*em, jueves, 14 de julio de 1898.

²² *Ibíd*em, lunes, 15 de agosto de 1898.

Pero ese apoyo moral no servía para nada. Lo que se necesitaba era dinero para pagar buques y armas, y eso era algo que la Iglesia, al parecer, no estaba dispuesta a dar.

Por último, ironizaba también Carrasquilla sobre el hecho de que una gran parte del clero simpatizara con determinados sectores políticos del país y los apoyara. A raíz de la crisis política producida por los desastres bélicos en el enfrentamiento con los Estados Unidos y la pérdida de mercados que representaba el abandono de las últimas colonias, nacionalistas catalanes y, por primera vez, vascos, así como los carlistas, organizan movimientos y producen agitaciones políticas, que contribuyen a complicar la ya difícil situación nacional. Y uno de estos grupos, el carlista, que en más de una ocasión se había levantado en armas contra los gobiernos legales, contó siempre con el apoyo de una gran parte del clero, el tradicionalista. Se trata desde luego del sector más retrógrado de la sociedad española, al que el diario republicano ataca sin miramientos, ante los fuertes rumores que corrían por todo el país de que preparaban un nuevo levantamiento:

«Dicen que ya los carlistas
se preparan con denuedo
para armar un zipi zape
con la mar de regimientos.

Dicen que don Carlos quiere
buscarnos un buen remedio
que cure nuestras desdichas,
y que vendrá a proponerlo.

Dicen que todos los curas
están locos de contentos.
Y yo digo que conformes,
que venga acá y lo veremos.

El reinado del hisopo
llega de prisa y corriendo.

Orate Frate: supsipiam.

¡Bién por Carolus! ¡Oremus! ». ²³

23 *Ibidem*, martes, 2 de agosto de 1898.

También las clases sociales elevadas, aquéllas que hablaban del «honor patrio» pero nada hacían por él, sufrieron los ataques del periodista satírico del Baluarte. Ese grupo social, el más partidario de la guerra colonial, renunciaba a enviar a sus hijos a las colonias a defender ese sagrado honor, y pagaba para que otros lo hicieran por ellos. Mientras una gran parte de los jóvenes de los sectores sociales menos privilegiados morían en Ultramar, ellos permanecían en la Península, ganando la guerra con sus peroratas en playas y casinos, hasta que comenzaron a tomar fuerza los rumores de un posible ataque norteamericano a las costas españolas:

«Dicen que vienen los yanquis
navegando por la mar,
camino de nuestras costas,
las que van a derribar.

Dicen que la gente rica
de las playas sale huyendo,
al grito de ¡Viva España!,
pero ... ¡vámonos corriendo!

Dicen que somos valientes,
que al mundo entero asustamos,
pero vemos el peligro,
y ... corriendo lo aguardamos». ²⁴

Por el contrario el pueblo llano, ese que por no tener medios económicos marchaba a Ultramar, es exaltado y elevado por Carrasquilla a la categoría de héroe que lucha por un imposible. En medio de la corrupción del gobierno y la clase política, del ejército, y de otros sectores sociales privilegiados, el español de a pié marcha a luchar fuera de su tierra, a defender unos intereses que no son los suyos. Y lo hace en todo momento con valor, a pesar de no contar nunca con los medios necesarios para hacer frente primero a la guerrilla, y luego al ejército de un país rico y poderoso. Sin municiones muchas veces, con una alimentación escasa y, por

24 *Ibidem*, martes, 12 de julio de 1898.

supuesto, sin cobrar sus soldadas, hacen frente a las tropas norteamericanas, al hambre y a las enfermedades, sin que nadie se lo agradezca.

Y cuando vuelven a casa derrotados, todos parecen olvidarse de ellos. Los industriales y comerciantes interesados en el mantenimiento de las colonias como mercado, no recuerdan que esos soldados que regresan son los que han luchado por sus intereses. El gobierno por su parte estaba demasiado ocupado en mantenerse en el poder. Y esos hombres regresan enfermos, casi muertos, sin que nadie les eche una mano. Mendigan en las ciudades y mueren en las calles, mientras aquéllos que los enviaron a la guerra procuran volver la vista a su paso; lo que da pié para que Carrasquilla escriba las páginas más emotivas de su quehacer periodístico:

«Allá a las costas bravías
que el mar Cantábrico besa,
con sañudas arrogancias,
con rumores de tormentas,
van llegando, van llegando,
los despojos de la guerra.

No preguntéis a los héroes
por qué entristecidos llegan
a pisar el suelo patrio,
donde el amor les espera.

¡Callad! Dejadlos que pasen
con su profunda tristeza,
sin las armas del combate,
y plegando la bandera.

Cuando se fueron, cantaban
al son de la pandereta,
entonando esas canciones
que rebosan de ternezas,
hechas por el nuevo pueblo
cuando se marcha a la guerra.

Ellos, siempre vencedores,
cuando van a la pelea,
van cantando porque saben
que allá la tumba está abierta,
y o vivos se les aclama
o muertos se les entierra.

Lucharon como leones
y entre la manigua espesa,
los pedazos de su carne
dejaron patente huella
de que en el cubil entraron
para buscar a las fieras.

Vana ha sido su arrogancia
e inútiles sus proezas.
Venciendo a costa de todo,
se ve que vencidos llegan,
con el cuerpo hecho jirones
y con la esperanza muerta,
como restos de un naufragio,
que el mar a la costa echa.

Ni los vítores le aclaman,
ni las mujeres le apremian
con esa sonrisa alegre
que reciben al que llega,
después de haber defendido
con su sangre su bandera.

Dejad que los amontonen
que es carne que viene enferma,
machacada por la fiebre
y con su vaho pudiera
llevar la muerte al palacio
donde habitan las grandezas.

La caridad mercenaria
dulce consuelo les presta
la compasión oficiosa,
hace que atiende sus quejas:

Si muere, se le sepulta.
 Si vive se le licencia.
 A los unos... se les debe,
 a los otros... se les reza.
 ¡Y el sol nos sigue alumbrando
 llenando de luz la esfera!

Van llegando, van llegando,
 los despojos de la guerra.
 ¡Callad! dejadlos que pasen
 con su profunda tristeza.
 Cuidad que los amontonen,
 que es carne que viene enferma». ²⁵

Y en este punto, hay que volver a señalar, que El Baluarte, y concretamente Carrasquilla, es el único elemento de la prensa sevillana de la época que, a nuestro juicio, se identifica con el sentir popular sobre el problema, expresando por ejemplo su solidaridad con las madres de aquéllos que quedaron en Ultramar, aquéllas que han perdido a sus hijos sin que a cambio reciban ni siquiera una miserable pensión, mientras otros se llevan la gloria:

«¿No viene el hijo que espera
 la madre triste y llorosa?
 ¡Murió en la guerra horrorosa
 defendiendo su bandera!

Cumplió con su obligación,
 la patria está agradecida.
 Para la madre afligida
 ¡qué mayor satisfacción!

¿Hubo gloria? ¡Es natural!
 ¿Quién la cobra? Es olvidado.
 La gana siempre el soldado
 y la cobra el general.

²⁵ Ibídem, miércoles, 31 de agosto de 1898.

El paria ... al campo, al taller.
 Al descanso el elegido.
 ¡Así siempre ha sucedido
 y tiene que suceder!

Hubo cruces en memoria
 de la fama que retumba.
 ¡Para unos ... la de la tumba,
 para otros ... la de la gloria!

Vuelva a sonar el clarín
 en la tumba entusiasmado,
 ¡Y sigamos celebrando
 lo de Otumba y San Quintín! ». ²⁶

Y cuando la mayor parte de los políticos, e incluso de la prensa, acusaban al pueblo de aletargado, por permanecer impasible ante lo que ellos consideraban el gran desastre nacional, la pérdida de los últimos vestigios del imperio colonial español, nuestro periodista se pone por completo de parte de ese sufrido pueblo, al que considera mucho más sabio y prudente que sus políticos. Ante la noticia de la pérdida de la guerra no hubo los grandes alardes de patriotismo que, al parecer, esperaban las clases dirigentes. Las páginas de los diarios se hacían eco de los continuos festejos y corridas de toros que se celebraban por todo el país, y a los que la gente acudía como si nada hubiera pasado. Y ante ello, esos políticos y periodistas hablan con frecuencia de la imposibilidad de regenerar la nación, cuando el espíritu popular está muerto y ni siquiera un impacto como la pérdida de las colonias podía hacerlo revivir:

«Porque el pueblo permanece
 en su casa muy tranquilo,
 nuestros hombres de gobierno
 dicen que ya ha fallecido.

26 *Ibidem*, lunes, 22 de agosto de 1898.

Ellos estarían contentos
con que hubiera algunos gritos,
para sacar a la guardia
a la calle a pegar tiros.

Pero ... Nada ... no hay tu tía,
todos estamos tranquilos,
confiados en que pronto
va a caer el edificio,
porque todos sus cimientos
están ya más que podridos.

El sólo se viene abajo
porque su carga de vicios
es tanta que ya no puede
ni guardar el equilibrio». ²⁷

Es evidente, en mi opinión, que lo que para los políticos fué un desastre, era por el contrario un verdadero motivo de alivio para el pueblo. Ese pueblo había perdido una parte importante de sus jóvenes por algo que le era totalmente ajeno. No le importaba la pérdida de las Antillas y Filipinas, como antes tampoco le había importado su posesión. La única consecuencia importante de la derrota era que esos jóvenes no tendrían que salir ya de su tierra para defender los intereses de otros. Y ese sentir popular, queda claramente de manifiesto en el siguiente poema, en el que el periodista deja constancia de que el pueblo no tenía nada que ver con las colonias, salvo para ser llevado allí a la fuerza para defenderlas:

«Se queja la gente
que anda en la política,
de que nuestro pueblo
tan callado siga,
cuando las catástrofes
ya se precipitan.

27 *Ibidem*, martes, 30 de agosto de 1898.

El pueblo es un sabio.
Se calla y medita.
Sabe que la muerte
de esta pillería,
está en la impotencia
y lo toma a risa.

¿Que la escuadra se hunde?
¿Que los yanquis gritan
que vienen a España
a hacer su visita?

Allá los gobiernos,
que ellos los reciban.
La culpa no es nuestra,
no nos mortifica.

Las colonias fueron
siempre una alcancía,
para los bandidos
de frac y levita.

¿Se hundieron los barcos
de nuestra marina
porque eran muy pocos
y nada valían?

El pueblo ha pagado
sumas inmensísimas.
La culpa no es nuestra,
que digan, que digan». ²⁸

Lo único que el pueblo deseaba, como afirmaba Carrasquilla, era regresar a su casa y a sus ocupaciones habituales, volver a la normalidad. Y en este punto, sí que hay un leve reproche de nuestro periodista a ese pueblo. Aunque en algunos de sus poemas señala lo innecesario de que el pueblo actuara porque el sistema caería por sí mismo, lo cierto es que los republicanos esperaban que

28 *Ibíd.*, lunes, 11 de julio de 1898.

ante la crisis política y económica, el pueblo se volvería contra sus gobernantes, pero no sucedió así:

«La Habana se va a perder,
Puerto Rico se perdió,
ya no nos queda deber,
sino comer y beber
que lo pasado pasó.

La nación no se da cuenta
de aquestas desmembraciones,
porque sigue tan contenta.
¡Ni siquiera se presenta
a silbar a los histriones!

La santa paz ha llegado,
vuelve la calma a reinar,
surca la tierra el arado
y viene el pobre soldado
a su casa a descansar.

En el valle, en la cañada,
resuene el canto feliz
de la gente enamorada.
¡Y en su casa arrodillada
llore la madre infeliz!

Tristezas del mundo son
y hay que amoldarse a la suerte;
la alegría y la aflicción,
la justa compensación
hasta llegar a la muerte.

A trabajar el obrero
en el campo, en el taller.
Callose el clarín guerrero
y ahora, ¡a sudar el dinero
para comprar qué comer!

Al palacio el general,
 el soldado a la cabaña,
 el fusil al arsenal,
 el rezo a la catedral,
 y, hasta luego, ¡Viva España! ». ²⁹

De este modo, aunque Carrasquilla parece ser el único miembro de la prensa sevillana de la época que entiende los sentimientos populares, no lo hace tampoco por completo. En cierto modo no comprende como ante una situación de miseria que le afectaba directamente no sólo no protesta, sino que da la sensación de impotencia absoluta ante los hechos que se desarrollaban, algo que podría condensarse en la frase ¡Que sea lo que Dios quiera! :

«Que la paz ya no se hace,
 que ya se va a hacer la paz,
 que la escuadra americana
 está próxima a zarpar,
 y que vendrá a la Península
 a asustarnos, y no hay más.

El pueblo sigue los mismo,
 no lo logran preocupar
 ni las desdichas presentes
 ni las que pasaron ya.

El que trabaja, trabaja
 con las ansias y el afán
 de ganar para pagarle
 al que le vaya a cobrar
 la contribución, y calla,
 sufrido como el que más,
 aguardando al Ser Supremo
 por si se digna bajar,
 a ponernos en camino
 de vivir en santa paz.

²⁹ *Ibidem*, miércoles, 19 de octubre de 1898.

¡Y el ser supremo en el cielo
resistiéndose a bajar! ». ³⁰

IV. CARRASQUILLA Y LA REGENERACIÓN

Hemos hablado ya en el apartado anterior sobre el hecho de que a pesar del apoyo de Carrasquilla a los sentimientos populares respecto a la pérdida de las colonias, deja en ocasiones escapar alguna nota de amargura por la inexistencia de reacción popular contra el sistema, no por el desastre militar en sí, sino por la profunda crisis política que éste había puesto de manifiesto. Y, en este sentido, hay en todos los trabajos de este periodista un pesimismo claro que, en cierto modo, niega la posibilidad de regeneración de la que tanto se habló en España en aquellos momentos. Para él, la única posibilidad de regeneración que existía, era la desaparición de la escena política de los partidos que alternativamente estaban en el poder, y la sustitución del sistema monárquico por la República. Pero ve sin ninguna duda que ésto no iba a suceder y que todo permanecería igual que antes. Las protestas y escándalos por todo lo sucedido quedarían en simples palabras y los partidos conservador y liberal continuarían repartiéndose el poder y abusando de él, como a su juicio habían hecho siempre. En medio de las discusiones sobre la responsabilidad de los distintos líderes en el desastre y de los términos en que había de discutirse la paz, se celebraron elecciones a varias diputaciones provinciales. Y, en contra de lo esperado por los republicanos, esas elecciones no representaron un voto de castigo contra los partidos tradicionales, lo que indicaba que, a pesar de todo, los votantes no deseaban un cambio radical. Carrasquilla como aquéllos, esperaba que el pueblo expresaría pacíficamente en las urnas su rechazo a los políticos del sistema y, al igual que ellos, se sintió defraudado:

30 *Ibidem*, miércoles, 16 de noviembre de 1898.

«Aparte de los escándalos
que en el Senado se dan,
y de los muertos que llegan
de Cuba a desembarcar
en nuestras playas del norte
buscando tranquilidad.

Aparte las elecciones
que se han celebrado ya
para que algunos zopencos
puedan vivir y medrar
a costa de la fortuna
del erario provincial,
aquí todo está lo mismo,
aquí no sucede na». ³¹

Lo único que a su juicio se había sacado en claro de los desastres, era que, aquéllo que se les había hecho creer sobre la superioridad de la raza hispánica, había que dejarlo a un lado ante la dura realidad de la imposibilidad de defender los territorios españoles contra un pueblo, al que aún se consideraba incivilizado:

«Con que ya saben ustedes
que los yanquis nos maltratan,
y que al fin se está probando
que toda nuestra arrogancia
ha quedado convertida
en muy bonitas palabras.

Ya no somos los mejores,
los de más limpia prosapia,
los de cuatro mil abuelos
héroes de circunstancias.

Lo dijo Chamberlain
en frases limpias y claras
«los pueblos cuando envejecen
ya no sirven para nada».

31 *Ibíd.*, miércoles, 14 de septiembre de 1898.

Nosotros nos enfadamos
y le dijimos que ... magras,
pero hoy resultan ciertas
sus arrogantes palabras,
que nos pese o no nos pese,
hoy tenemos que tragarlas.

¡Dios mío, que desencanto
para la infelice España!
¡Y eso que paga sus héroes
como ninguna los paga! ». ³²

Ese falso patriotismo, que consistió en esos meses en alabar por encima de todo al gobierno y la actuación del ejército en la guerra, y en una continua presunción y jactancia sobre el valor de la raza hispánica, es ridiculizado con ferocidad en *El Baluarte*, cuestionando la teoría oficial de buenos y malos y según la cual, sólo los buenos, los españoles, podían ganar:

«Contra yanquis y tagalos
combatimos muy serenos
y nos molieron a palos,
que Dios ayuda a los malos
cuando son más que los buenos.

Visto lo cual, enseguida,
cesó la contienda extraña.
Se dió España por vencida,
hubo paz muy discutida
y quedó tan bien España,

que nos resultó hecha añicos
aunque riñó en buena ley,
perdiendo, entre triunfos chicos,
la sota, el caballo, el rey,
y otros picos y otros mícos.

32 *Ibíd.*, martes, 28 de junio de 1898.

Pero en fin, ya terminó,
la bronca, duelo o garata,
que se armó ... porque se armó.
Ahora se trata, se trata,
de dudas que tengo yo.

Supuesto que el yanqui acceda
y paternal nos conceda
el derecho de acuñar,
¿volveremos a pintar
dos mundos en la moneda?

Y el Plus Ultra, ¿lo pondremos?
¿Y la Sans Façon tendremos
de poner los leoncitos
entre los dos monolitos,
con globos en sus extremos?

Pase, porque todo pasa,
que tenga la ley escasa
nuestro peso amonedado;
más después de lo bailado
ese cuño es una guasa.

Es, por tanto, necesario,
que este sello monetario
sustituído se vea,
por otro más ordinario
que anacrónico no sea.

Y nada de niñerías
de la heráldica pomposa,
pues tales alegorías
son vanidad jactanciosa,
o inocentes tonterías.

Sin embargo, caballeros,
si aún en la moneda tosca

tiene el símbolo su fuero,
grabemos a España en cueros,
sin paz, sin luz ... y con moscas». ³³

Este sentimiento, que refleja Carrasquilla ya desde los primeros momentos del enfrentamiento con los Estados Unidos, consciente de la incapacidad de los españoles para hacer frente al potencial bélico yanqui, se acentuó a medida que los sucesos iban confirmando esa impotencia frente al enemigo:

«Los españoles veníamos
con gran regularidad,
llamándonos desde antiguo,
hijos del Gran Capitán.

Después de lo sucedido
creo que se acordará,
variar la muletilla,
siquiera por dignidad.

Llamémonos otra cosa
más sencilla y natural,
los borregos de Sagasta,
y así no se burlarán». ³⁴

Y, cuando ya las islas están irremisiblemente perdidas y la paz a punto de firmarse, de nuevo hacía hincapié nuestro periodista en ese orgullo del español que se había mostrado como una simple pompa de jabón que se desinflaba al primer tropiezo, y en la imposibilidad de regeneración. Ese pesimismo que se reflejará más tarde en las obras de Antonio Machado, Azorín, Baroja, etc., es fácilmente detectable, aunque sea con un menor valor literario en los escritos de Carrasquilla como el que insertamos para terminar, en el que se refleja además el pensamiento del autor respecto a la iglesia, los políticos, y aquellos comerciantes que se habían enri-

³³ *Ibíd.*, martes, 23 de agosto de 1898.

³⁴ *Ibíd.*, miércoles, 24 de agosto de 1898.

quecido con las colonias, y que en cierto modo, sintetiza todo lo expuesto en los poemas anteriores:

«Volverán a decir los españoles
que son nietos del Cid el de Vivar,
pero, amigo, las islas Filipinas,
¡esas ... no volverán!

Volverán a reunirse en asamblea
los hombres del comercio y a gritar,
pero aquellas reformas que pretenden,
¡esas ... no las verán!

Volverán a vendernos el cacao,
el producto mejor del cafetal,
pero aquella que fuera nuestra Habana,
¡esa ... no volverá!

Volverán a entonarse los tanguitos,
por las tipleres que cantan sin cantar,
pero aquellas que fueron nuestras tierras,
¡esas ... no volverán!

Volverán los bandidos de levita
a arruinarse perdiendo un capital,
pero aquellas fortunas impensadas,
¡esas ... no volverán!

Volverán nuestros frailes de las islas
que pudieron por siglos explotar,
pero aquellas mujeres por piaras,
¡esas ... no volverán!

Volverán los Sagastas y Silvelas
nuestra débil España a gobernar,
pero, Fabio, el honor y la vergüenza
¡esos ... no volverán! ».³⁵

35 *Ibidem*, viernes, 2 de diciembre de 1898.